

LA SOMBRA DEL DEFENSA ES ALARGADA

POR FRANCISCO CORREAL NARANJO*

Si por un casual extraviara estas palabras que he traído para ustedes, si olvidara el contenido de lo que quiero contarles sobre Miguel Delibes Setién, no tendría más que remitirme a este boleto de la quiniela para recuperar toda la información como en la Piedra Rosetta. Todo o casi todo lo que les voy a decir está encapsulado en dos partidos de estas apuestas balompédicas, la jornada 22 de la quiniela, jornada 14 de la Liga.

El quinto pronóstico del fallido pleno al quince es el Sevilla-Valladolid; el octavo, el Cádiz-Getafe. El primero no necesita explicación y me remite a dos visitas anteriores del equipo de Delibes a la ciudad de Sevilla. La primera tuvo lugar el 21 de abril de 1985. Última jornada de aquel campeonato. A Málaga y Betis les bastaba el empate para salvarse siempre y cuando el Hércules perdiera en el campo del Madrid y el Valladolid en su visita a Sevilla. Ninguno de los dos supuestos se cumplió. El Hércules, reforzado con el mundialista Kempes, venció en el Bernabeu con un gol del argentino Dante Sanabria. El Sevilla recibió el beneplácito de su hinchada perdiendo ante el Valladolid si de

* Texto leído por el autor en la jornada organizada por esta Academia para recordar a Miguel Delibes en el centenario de su nacimiento.

paso le hacía la puñeta al eterno rival. El pacto del empate en La Rosaleda se convertía en una ruleta rusa que mandó al Málaga a Segunda y salvó al Betis por un gol postrero de Joaquín Parra.

La siguiente visita tuvo lugar el 13 de enero de 1996. Un Betis-Valladolid en la última jornada de la primera vuelta de la primera Liga con 22 equipos. Aquí entra en acción el novelista. Llamé a su hijo Miguel, que entonces dirigía la Estación Biológica de Doñana, para concertar una entrevista con su padre previa al partido. Un regalo para un periodista que titulé el mismo día del partido con este llamativo reclamo: ‘El Betis, contra la ley Delibes’. ¿Y qué es la ley Delibes? Me la enunció el propio novelista, que además era catedrático de Derecho Mercantil: “... cuando un equipo pierde algún punto en su casa lo recupera el domingo siguiente siempre que juegue con un equipo que a su vez la jornada anterior haya puntuado en su desplazamiento”. Es más complicada que la ley d’Hont para las elecciones. “Pues mire usted, lo mismo empata”, me dijo Delibes de su equipo, lo que ha conseguido casi un cuarto de siglo después en su visita a Nervión. Y ciertamente en aquel partido que me permitió hablar por teléfono con el escritor el Valladolid fue empatado hasta el minuto 83. Lo explicaba mejor él en la carta que me mandó el 23 de enero de 1996 para agradecerme el reportaje..., porque hubo un tiempo en el que la gente daba las gracias. “Gracias por el recorte”, me decía, “Ha sacado usted mucho partido de nuestra breve conversación telefónica. Fue el árbitro el que impidió que la ley se cumpliera en Sevilla. Nos privó del jugador clave. Y ya sabe usted lo que son estas cosas. Le abraza su viejo amigo”. Si Delibes hubiera dicho quién era ese jugador, probablemente esta carta con la rúbrica de Delibes figuraría en el palmarés de Iván Campo junto a la octava Copa de Europa que conquistó en París con el Madrid. Iván Campo tenía en aquel Betis-Valladolid 21 años, el árbitro lo expulsó en el minuto 79, el partido iba empate a cero y con la inferioridad numérica entraron tres goles, dos de Pier y uno del polaco Kowalczyk. En aquella charla, Delibes me contó que había jugado al fútbol hasta los cincuenta años, primero de delantero centro y al final de portero del Sedano, el pueblo burgalés donde veraneaba la familia. También me contó que era cronista de los partidos del Valladolid en su campo para

El Noticiero Universal, aunque los domingos que salía de caza, una de sus grandes pasiones, mandaba al estadio de Zorrilla a su hijo Miguel para que le pasara los datos o directamente escribiera la crónica. Por la época de la charla, acababa de aparecer un libro, *Cuentos de fútbol*, un equipo de narradores seleccionados por Jorge Valdano. Delibes contó una historia del Mundial de Brasil 1950, el del gol de Zarra a Inglaterra. Otras firmas eran Alfredo Bryce Echenique, Eduardo Galeano, Manuel Vicent, Augusto Roa Bastos, Javier Marías o el uruguayo Mario Benedetti, de quien también este año hemos celebrado el centenario de su nacimiento. El año en el que muere Galdós y vienen a relevarlo Delibes, Benedetti, Bukowski, Rafael Montesinos, el saxofonista Charlie Parker, protagonista del cuento de Cortázar ‘El perseguidor’. También es el año en el que se funda la Legión y nace en Cracovia Juan Pablo II, a quien Delibes acude como introito de su novela *El hereje* con una frase de la intervención del pontífice, polaco como Kowalzyck, ante los cardenales en 1994: “¿Cómo callar tantas formas de violencia perpetradas en nombre de la fe?”. En una tertulia radiofónica con Serra Ferrer, el entrenador que devolvió los éxitos al Betis, le hablé de la ley Delibes y respondió un castizo ‘anda, coño’. Le dije que ésa era la ley Cela, que era bastante mejor que la ley Celaá.

Lo del Sevilla-Valladolid en la quiniela está claro. Pero, dirán ustedes, ¿qué relación puede tener Delibes con el Cádiz-Getafe que se disputó ayer en Carranza? Cádiz y Valladolid son ciudades hermanadas por futbolistas como Quevedo, que jugaba en el equipo de Zorrilla el partido de la ley Delibes, o Mágico González, un salvadoreño que sorprendió al mundo del fútbol en el Mundial de España pese a que su selección perdió 10-1 contra la de Hungría. Cádiz y Getafe son dos ciudades que aparecen en uno de los Episodios Nacionales de Galdós, el titulado ‘Prim’. El 17 de octubre, centenario del nacimiento de Miguel Delibes, se daba en el fútbol patrio una circunstancia que muy pocas veces ocurre: el Madrid perdía en su campo frente al Cádiz y el Barcelona era derrotado en el estadio del Getafe. Los dos matagigantes se enfrentaron ayer. Es una hermosa metáfora esa doble derrota en día tan señalado para un novelista que nunca se movió de su patria chica, tan grande, y que era un firme defensor del fútbol

vernáculo, entre otras cosas porque como me había dicho la ley Delibes sólo se incumple “en los equipos muy malos y en los muy buenos”. Lo que pensaba del fútbol valía también para la novela. En su *Diccionario de Literatura*, Francisco Umbral, que trabajó con él en *El Norte de Castilla*, en la charla con Delibes, una conversación neomudéjar, dice lo que le decía el novelista: “Mira, Paco, la provincia es mejor que Madrid para escribir novelas. Aquí se ven las vidas redondas, empezar y terminar, y eso es bueno para el novelista. En Madrid, en una ciudad grande, la gente se te pierde de vista y es más difícil terminar el retrato”. El día que el Cádiz puso un 2 en la quiniela y el Getafe un 1 pasando como Atila por el Barça de Ronald Koeman hacían cien años del nacimiento de Miguel Delibes y cumplían 42 dos de los políticos que más espacio ocupan en las noticias, las tertulias y los mentideros. El 17 de octubre de 1978, el día que Delibes cumplía 58 años, cincuenta días antes de que se aprobara la Constitución, nacían en Madrid Isabel Díaz-Ayuso y Pablo Iglesias, iconos políticos y mediáticos de dos Españas demasiado antagónicas, como las que retrata Delibes en su novela *Las guerras de nuestros antepasados*.

Ésta es una novela fundamental en mi vida. Conservo las dedicatorias de mis compañeros de residencia, que me la regalaron el 7 de mayo de 1976 al cumplir los 19 años. Tres días antes había salido el primer número de *El País*, cuya dirección le habían ofrecido a Delibes, pero se aplicó el cuento de lo que le dijo a Umbral. El mismo 7 de 1976 me regalé a mí mismo un ejemplar de *La realidad y el deseo*, la antología poética de Luis Cernuda. *Las guerras de nuestros antepasados* me ha acompañado a lo largo de estos 45 años de mi vida, ha sobrevivido a mudanzas, cambios de barrio, de ciudad, de estado civil, de periódico. He cambiado de todo menos de equipo y de mujer. En eso soy muy Delibes. Es el número 457 de Ediciones Destino, Áncora y Delfín. Lo tengo en un altar de reliquias literarias junto a obras de García Pavón, José Jiménez Lozano, Carmen Martín Gaité y Jesús Fernández Santos. Nunca lo había leído hasta que este verano, leyendo *Diario del carril-bici* de Miguel Delibes de Castro, el primogénito, un año de vivencias en bicicleta entre febrero de 2015 y febrero de 2016, vi que el ciclista observador anotaba la

presencia en la flora de Sevilla de sendos paloborrachos, uno en Torneo, otro en la Cartuja, que le recordaban al Hibernizo, un manzano que florecía en noviembre y daba fruto en febrero y que aparece en la portada de *La guerra de nuestros antepasados*, las andanzas de Pacífico Pérez, cuyos antepasados habían hecho sucesivamente la guerra de Cuba, la de África y la guerra civil. Una novela que es pionera de la defensa del medio ambiente, la nueva masculinidad, el pacifismo e incluso los tatuajes.

Miguel Delibes hijo nace en 1947, el año que Miguel Delibes padre gana el Nadal con otro árbol, *La sombra del ciprés es alargada*. Fue el único novelista que rechazó la dirección de *El País* (nombraron a Cebrián) y el premio Planeta. Dirigió *El Norte de Castilla* entre 1958 y 1966, periodo que incluye el Tour de Francia que en 1959 ganó Federico Martín Bahamontes. En su Cuaderno, el hijo biólogo cuenta que el apellido Delibes llegó a Valladolid por un ingeniero francés, Frederic Delibes, que vino a trabajar en el ferrocarril del norte y se enamoró de una montañesa, la bisabuela Saturno. Uno de sus hijos y un yerno, Santiago Alba, que fue ministro con Alfonso XIII y presidente de las Cortes en la República, fueron los triunfadores en la primera prueba ciclista que se celebró en Valladolid.

Yo trabajé en *El País* desde el 30 de agosto de 1996, debuté con la crónica de un Betis-Athletic de Bilbao, hasta el 31 de diciembre de 1998, cuando empecé la aventura en el *Diario de Sevilla*. Mis compañeros en el periódico que no llegó a dirigir Delibes me regalaron en mi marcha un ejemplar de *El hereje*, la novela postrera que el autor dedica “a Valladolid, mi ciudad”.

Pertenece Delibes a una estirpe de grandes escritores que dirigieron grandes periódicos. Él en *El Norte de Castilla*; Álvaro Cunqueiro, en *El Faro de Vigo*, que según cuenta Manuel Gregorio González en su biografía del autor de ‘Crónica de un sochantre’, se encargaba personalmente de las quinielas en el periódico; o José María Requena en *El Correo de Andalucía*, diario al que vine de prácticas el 2 de julio de 1977, el día que murió Nabokov. Los tres, por cierto, Delibes, Cunqueiro y Requena, ganaron el premio Nadal. Uno ha conocido de todo en la dirección de un periódico, periodistas excepcionales, personas intachables y también quienes se acogen a la definición que Ambrose Bierce

daba en el *Diccionario del Diablo* de la palabra cagatintas: “Funcionario útil que con frecuencia dirige un periódico”.

Hoy es un día muy futbolero. Se cumplen 37 años de aquel 21 del 12 del 12-1 del España-Malta, a saber: cuatro de Rincón, cuatro de Santillana, dos de Maceda, Sarabia y Señor. Y como mañana es un día bien literario, porque se cumplen 150 años de la muerte de Gustavo Adolfo Bécquer, enlace las dos conmemoraciones para recordar que el Valladolid siempre nos gana por goleada en una cosa, en poesía. La firma de José Zorrilla, el autor que da nombre a su estadio, está en el Tenorio de la Hostería del Laurel. ¿Por qué no le ponemos el nombre de Gustavo Adolfo Bécquer al estadio de la Cartuja, el mal llamado olímpico porque nunca acogió unos Juegos? Hubo un Gustavo Adolfo Becker, hijo de alemán, atleta español que en los Juegos Olímpicos de Barcelona consiguió la segunda marca española en salto de longitud.

Le he dado dos veces la vuelta a la Plaza de España sentando en cada uno de sus bancos a naturales de las diferentes provincias residentes en Sevilla. La de Valladolid es una de las que han quedado mejor representadas. En la primera edición senté a Enrique Valdivieso, catedrático de Historia del Arte, miembro de esta Academia, que además de saber una barbaridad de Murillo y su época acaba de publicar un libro primoroso sobre las equipaciones del Valladolid de su infancia. En la segunda apareció en su bicicleta, su particular Rocinante, Miguel Delibes de Castro. Allí me contó que de su padre, el escritor, aprendió naturaleza, pero que Félix Rodríguez de la Fuente, con quien trabajó tres años, aprendió a escribir. El banco de Valladolid está presidido por la boda en esa ciudad de los Reyes Católicos. Se casaron en 1469. Las mismas cifras pero cambiadas de 1946, el año que Delibes padre se casó con Ángeles, la madre de sus siete hijos (Miguel, Ángeles, Germán, Elisa, Adolfo, Juan, Camino); o de 1964, el año que el escritor con su mujer y el mayor de sus hijos, para vencer la fobia al avión del novelista, hicieron sendas noches en Cáceres y Sevilla para coger un barco en Cádiz, el *Constitution*, y viajar a Estados Unidos para dar unas conferencias sobre literatura en la Universidad de Maryland.

Y éstas son a grandes rasgos mis deudas con Delibes. Este verano leí un libro de su hijo, el del carril-bici, que me llevó a

un libro del padre escrito 45 años antes, en 1975, el año de la muerte de Franco. Creo que la ley Delibes sigue estando vigente: el Madrid ganó una Copa de Europa después del alcorconazo; el Barcelona de Guardiola tuvo que empezar perdiendo contra el Numancia para convertirse en el mejor equipo del mundo. El 6-0 de España a Alemania en el estadio de la Cartuja no fue sino una aplicación de la ley Delibes después del 2-8 del Bayern Munich al Barcelona. ¿O fue la ley Cela? Iván Campo se retiró del fútbol en un equipo chipriota. En las crónicas de antaño se le llamaría valladar inexpugnable. Hoy suena mejor quebrantahuesos, la especialidad ornitológica de Delibes junior. Delibes ganó el Nadal con 27 años. Nadal ganó el Delibes en Roland Garros con 34.

Paloborracho, el árbol que me llevó de un libro a otro, viene en el diccionario. Al menos en la vigésima edición de 1984, en la que Miguel Delibes aparecía con los miembros de número escoltado por los filólogos Emilio Alarcos Llorach, que una vez dedicó una página a glosar la economía del lenguaje de Michael Robinson, y Manuel Alvar, el que me dijo una vez que el español que llegó a América fue el español de Sevilla. Una nómina de académicos que encabezaban cuatro miembros de la generación del 27: el arabista Emilio García Gómez y los poetas Dámaso Alonso, Gerardo Diego y Vicente Aleixandre, que ganó el Nobel de Literatura el mismo año que llegué a Sevilla una semana después de que el Betis ganara la primera Copa del Rey, con un manijero en el campo llamado Julio Cardeñosa, paisano de Delibes, de Valdivieso, de José Antonio Valverde, promotor del parque de Doñana, y del cardenal Amigo Vallejo.

La próxima crónica de Miguel Delibes será la del Valladolid-Barcelona de mañana a las diez de la noche desde Zorrilla.